

lo menos arzobispo ó otra dignidad equivalente. Á lo cual respondió Sancho: "Señores, si la fortuna rodease las cosas de manera que á mi amo le viniese en voluntad de no ser emperador, sino de ser arzobispo, querría yo saber ahora qué suelen dar los arzobispos andantes á sus escuderos.—Suélenles dar, respondió el cura, algun beneficio simple ó curado, ó alguna sacristanía, que les vale mucho de renta rentada, amen del pié de altar, que se suele estimar en otro tanto.—Para esto será menester, replicó Sancho, que el escudero no sea casado, y que sepa ayudar á misa por lo menos; y si esto es así, ¡desdichado de yo, que soy casado, y no sé la primera letra del A B C! ¿qué será de mí si á mi amo le da antojo de ser arzobispo y no emperador, como es uso y costumbre de los caballeros andantes?—No tengais pena, Sancho amigo, dijo el barbero, que aquí rogaremos á vuestro amo, y se lo aconsejaremos, y aun se lo pondremos en caso de conciencia, que sea emperador y no arzobispo, porque le será mas fácil, á causa de que él es mas valiente que estudiante.—Así me ha parecido á mí, respondió Sancho, aunque sé decir que para todo tiene habilidad: lo que yo pienso hacer de mi parte, es rogarle á Nuestro Señor que le eche á aquellas partes donde él mas se sirva y adonde á mí mas mercedes me haga.—Vos lo decís como discreto, dijo el cura, y lo hareis como buen cristiano; mas, lo que ahora se ha de hacer, es dar orden cómo sacar á vuestro amo de aquella inútil penitencia que decís que queda haciendo; y para pensar el modo que hemos de tener, y para comer, que ya es hora, será bien nos entremos en esta venta." Sancho dijo que entrasen ellos, que él esperaría allí fuera, y que despues les diría la causa por que no entraba ni le convenia entrar en ella; mas que les rogaba que le sacasen allí algo de comer, que fuese cosa caliente, y asimesmo cebada para Rocinante. Ellos se entraron y le dejaron, y de allí á poco el barbero le sacó de comer. Despues, habiendo bien pensado entre los dos el modo que tendrian para conseguir lo que deseaban, vino el cura en un pensamiento muy acomodado al gusto de Don Quijote, y para lo que ellos querian, y fué que dijo al barbero que, lo que habia pensado, era que él se vestiria en hábito de doncella andante, y que él procurase ponerse lo mejor que pudiese como escudero, y que así irian adonde Don Quijote estaba, fingiendo ser ella una doncella afligida y menesterosa, y le pediría un don, el cual él no podria dejársele de otorgar como valeroso caballero andante; y que el don que le pensaba pedir era, que se viniese con ella donde ella le llevase á desfacelle un agravio que un mal caballero le tenia fecho, y que le suplicaba ansimesmo que no la mandase quitar su antifaz, ni la demandase cosa de su hacienda fasta que la hubiese fecho derecho de aquel mal caballero; y que creyese sin duda que Don Quijote vendria en todo cuanto le pidiese por este término, y que desta manera le sacarían de allí, y le llevarían á su lugar, donde procurarían ver si tenia algun remedio su extraña locura.

CAPÍTULO XXVII.

De cómo salieron con su intencion el cura y el barbero, con otras cosas dignas de que se cuenten en esta grande historia.

No le pareció mal al barbero la invencion del cura, sino tan bien, que luego la pusieron por obra. Pidiéronle á la ventera una saya y unas tocas, dejándole en prendas una sotana nueva del cura. El barbero hizo una gran barba de una cola rucia ó roja de buey, donde el ventero tenia colgado el peine. Preguntóles la ventera que para qué le pedían aquellas cosas. El cura le contó en breves razones la locura de Don Quijote, y cómo convenia aquel disfraz para sacarle de la montaña donde á la sazón estaba. Cayeron luego el ventero y la ventera en que el loco era su huésped el del bálsamo y el amo del manteado escudero, y contaron al cura todo lo que con él les habia pasado, sin callar lo que tanto callaba Sancho. En resolucion, la ventera vistió al cura de modo que no habia mas que ver; púsole una saya de paño llena de fajas de terciopelo negro de un palmo en ancho, todas acuchilladas, y unos corpiños de terciopelo verde guarnecidos con unos ribetes de raso blanco, que se debieron de hacer ellos y la saya en tiempo del rey Wamba. No consintió el cura que le tocasen, sino púsole en la cabeza un birretillo de lienzo colchado que llevaba para dormir de noche, y ciñóse por la frente una liga de tafetan negro, y con otra liga hizo un antifaz con que se cubrió muy bien las barbas y el rostro: encasquetóse su sombrero, que era tan grande que le podia servir

de quitasol, y cubriéndose su herreruelo, subió en su mula á mujeriegas, y el barbero en la suya, con su barba que le llegaba á la cintura entre roja y blanca, como aquella que, como se ha dicho, era hecha de la cola de un buey barroso. Despidiéronse de todos y de la buena de Maritornes, que prometió de rezar un rosario, aunque pecadora, por que Dios les diese buen suceso en tan árduo y tan cristiano negocio como era el que habian emprendido; mas apenas hubo salido de la venta cuando le vino al cura un pensamiento, que hacia mal en haberse puesto de aquella manera, por ser cosa indecente que un sacerdote se pusiese así, aunque le fuese mucho en ello; y diciéndoselo al barbero, le rogó que trocasen trajes, pues era mas justo que él fuese la doncella menesterosa, y que él haria el escudero, y que así se profanaba menos su dignidad; y, que si no lo queria hacer, determinaba de no pasar adelante, aunque á Don Quijote se le llevase el diablo. En esto llegó Sancho, y de ver á los dos en aquel traje, no pudo tener la risa. En efecto, el barbero vino en todo aquello que el cura quiso, y trocando la invencion, el cura le fué informando el modo que habia de tener, y las palabras que habia de decir á Don Quijote para moverle y forzarle á que con él se viniese, y dejase la querencia del lugar que habia escogido para su vana penitencia. El barbero respondió que, sin que se le diese lición, él lo pondria bien en su punto. No quiso vestirse por entonces hasta que estuviesen junto de donde Don Quijote estaba, y así dobló sus vestidos, y el cura acomodó su barba, y siguieron su camino guiándolos Sancho Panza, el cual les fué contando lo que les aconteció con el loco que hallaron en la sierra, encubriendo empero el hallazgo de la maleta y de cuanto en ella venia, que magüer que tonto, era un poco codicioso el mancebo. Otro dia llegaron al lugar donde Sancho habia dejado puestas las señales de las ramas, para acertar el lugar donde habia dejado á su señor, y en reconociéndole les dijo cómo aquella era la entrada, y que bien se podian vestir, si era que aquello hacia al caso para la libertad de su señor; porque ellos le habian dicho antes que, el ir de aquella suerte y vestirse de aquel modo, era toda la importancia para sacar á su amo de aquella mala vida que habia escogido, y que le encargaban mucho que no dijese á su amo quién ellos eran, ni que los conocia, y que si le preguntase, como se lo habia de preguntar, si dió la carta á Dulcinea, dijese que sí, y que, por no saber leer, le habia respondido de palabra, diciéndole que le mandaba, so pena de la su desgracia, que luego al momento se viniese á ver con ella, que era cosa que le importaba mucho; porque con esto, y con lo que ellos pensaban decirle, tenian por cosa cierta reducirle á mejor vida, y hacer con él que luego se pusiese en camino para ir á ser emperador ó monarca, que en lo de ser arzobispo no habia de qué temer. Todo lo escuchó Sancho, y lo tomó muy bien en la memoria, y les agradeció mucho la intencion que tenian de aconsejar á su señor fuese emperador y no arzobispo, porque él tenia para sí que, para hacer mercedes á sus escuderos, mas podian los emperadores que los arzobispos andantes: tambien les dijo que seria bien que él

fuese delante á buscarle, y darle la respuesta de su señora, que ya seria ella bastante á sacarle de aquel lugar sin que ellos se pusiesen en tanto trabajo. Parecióles bien lo que Sancho Panza decia, y así determinaron de aguardarle hasta que volviese con las nuevas del hallazgo de su amo. Entróse Sancho por aquellas quebradas de la sierra, dejando á los dos en una por donde corria un pequeño y manso arroyo, á quien hacian sombra agradable y fresca otras peñas y algunos árboles que por allí estaban. El calor y el dia que allí llegaron era de los del mes de Agosto, que por aquellas partes suele ser el ardor muy grande; la hora, las tres de la tarde; todo lo cual hacia al sitio mas agradable, y que convidase á que en él esperasen la vuelta de Sancho, como lo hicieron. Estando, pues, los dos allí sosegados y á la sombra, llegó á sus oidos una voz que, sin acompañarla son de algun otro instrumento, dulce y regaladamente sonaba, de que no poco se admiraron, por parecerles que aquel no era lugar donde pudiese haber quien tan bien cantase; porque, aunque suele decirse que por las selvas y campos se hallan pastores de voces extremadas, mas son encarecimientos de poetas que verdades, y mas cuando advirtieron que lo que oian cantar eran versos, no de rústicos ganaderos, sino de discretos cortesanos, y confirmó esta verdad haber sido los versos que oyeron, estos:

“¿Quién menoscaba mis bienes?

Desdenes.

¿Y quién aumenta mis duelos?

Los zelos.

¿Y quién prueba mi paciencia?

Ausencia.

De ese modo en mi dolencia
ningun remedio se alcanza,
pues me matan la esperanza
desdenes, zelos y ausencia.

¿Quién me causa este dolor?

Amor.

¿Y quién mi gloria repuna?

Fortuna.

¿Y quién consiente mi duelo?

El cielo.

De ese modo yo rezelo
morir deste mal extraño,
pues se aunan en mi daño
amor, fortuna y el cielo.